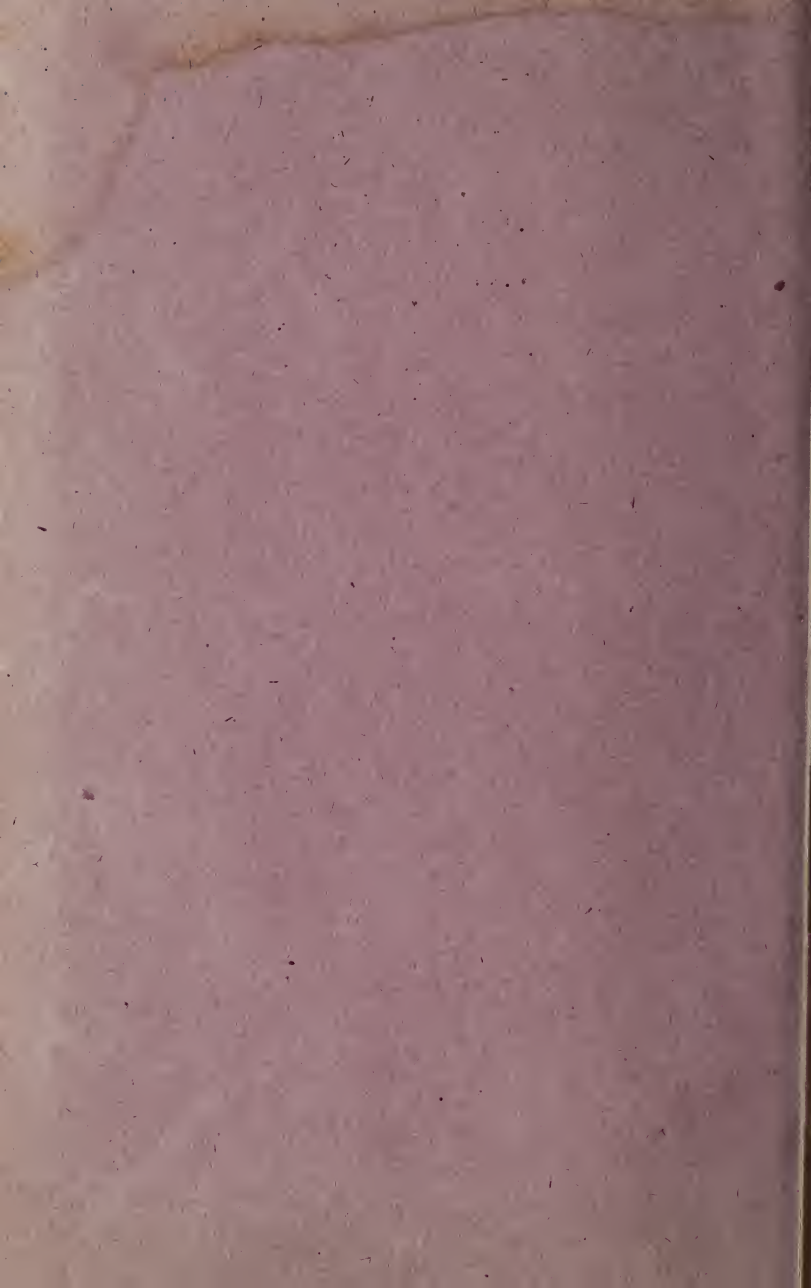


Hugo entre curia

4851



LIBRERIA
DE
RUFINO ESTÉBAN,
calle del Caballero de Gracia, 8.

*Hay un abundante surtido de
comedias modernas, usadas, á la
mitad de su precio.*



FUEGO ENTRE CENIZA

COMEDIA

estrenada en Madrid en el teatro de Variedades
por la compañía que representa en dicho teatro bajo la dirección de D. Julian Romea,
la noche del 10 de Febrero de 1863.

MADRID, IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

FUEGO

ENTRE

CENIZA

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

J.—DE RAMIREZ

MADRID

ADMINISTRACION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

Rubio, editor, San Pedro Mártir, 12

1863

PROPIEDAD DEL AUTOR

APROBADA POR LA CENSURA.

AL

EXCMO. SR. D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

Acababa de escribir solamente su nombre de usted en la dedicatoria de esta comedia, y horas despues le oia decir en el Congreso de los diputados que las ciencias, las artes y la literatura deben ser fomentadas y premiadas por los gobiernos que estimen en algo las glorias de la patria. Al escuchar esas palabras mi corazon palpité violento llenando de esperanza mi pecho, y al salir de la Cámara sentí mi cabeza cargarse de ideas que en el silencio de mi gabinete voy á trasladar al papel en este momento.

Tal vez haya quien juzgue que encierra algo de intencion política esta dedicatoria; si el que así crea piensa que la intencion que me guia es baja, servil ó rastrera, se engaña; usted me conoce de sobra y sabe que la adulacion no ha sido el lazo que ha unido mi mano á la suya, que ni usted gusta de aduladores, ni mi corazon necesita valerse de medios indignos para captarse el cariño de hombres como usted.

Grande, trascendental es la intencion que envuelve esta comedia; y ojalá yo, puesto que tuve la fortuna de concebir el pensamiento, hubiera tenido talento para desarrollarlo, que ha haberlo concebido un hombre de genio, seguramente lo habria desenvuelto con el arte que á mi me falta.

Demostrar que la inteligencia está por encima de la fuerza; que las ciencias, las artes y la literatura deben ser respetadas por las naciones que deseen alcanzar el glorioso título de ilustradas y fomentarse por los gobiernos que aspiren á engrandecer el país que

rijan, esa y no otra ha sido mi intencion al escribir esta comedia; al dedicársela á usted, solamente ha impulsado á mi corazon el deseo de que si algun dia usted ú otro hombre de Estado que posea las cualidades que usted reune, sube al poder, en vez de apoyarse en las bayonetas para mandar, se apoye en la inteligencia; que antes de construir cuarteles para fusiles, alce bibliotecas para ideas; que en vez de llenar las oficinas de jóvenes de talento que cansados de luchar abandonan la literatura y á veces la ciencia por el empleo y la política personal, haga leyes para que las ciencias, la literatura, la dramática y el comercio de librería sean verdad en la España de Cervantes y de Moratin. Lo que podrá conseguirse celebrando tratados literarios con las repúblicas americanas donde se habla nuestro idioma; impulsando, finalmente, por todos los medios imaginables el amor al estudio, el deseo de aprender y de instruirse que arde en el corazon de este pueblo valiente, generoso y patriota como el que más. No olviden nunca los hombres de Estado como usted, que si los militares ganan victorias al enemigo en la guerra, los hombres de genio, cuando suben al poder, deben fundar su gloria en conseguir que la inteligencia gane sin descansar una tras otra batalla á la estúpida ignorancia. Que no vuelva á repetirse el triste espectáculo de que el soberano, al dirigir su palabra á los representantes de la nacion, se olvide de nombrar siquiera las ciencias, las artes y la literatura, porque, olvidos semejantes, son siempre padron de mengua para los gobiernos y las naciones.

Respetamos y adoramos con toda nuestra alma las glorias militares de la patria donde hemos tenido la honra de nacer, y por la que sacrificaremos si necesario fuese nuestra vida y la de nuestros hijos, pero si en el corazon y la cabeza encerramos algo, no lo pondremos nunca al servicio de espadas que para gobernar, en vez de apoyarse en la inteligencia, parece como que gozan en infiltrar la grosera ignorancia y el escepticismo asqueroso en las venas de la juventud.

Sabe usted le quiere su mejor amigo

JAVIER DE RAMIREZ.

DOS PALABRAS.

Pensada tenia esta comedia como todas las que guardo en embrion las unas en mi cabeza, escritas las otras en mi cartera, para que la representase mi desgraciado amigo Fernando Ossorio; su muerte vino á destruir mis esperanzas y sabe Dios cuándo hubiera dado comedia alguna á la escena, tal y tan desgarrado sentia el corazon; pero deseando costear la traslacion de los gloriosos restos del inmortal Moratin que yacen en un rincon de la bóveda de la iglesia de San Isidro á un panteon del cementerio de San Nicolás, para que, sepultados en él, puedan ser visitados por españoles y extranjeros y descansar junto á las sagradas cenizas de Calderon de la Barca, Espronceda, Mariano José de Larra (*Figaro*), Mendizabal, Calatrava y Argüelles; deseando pues, realizar mi religioso pensamiento, me decidí á dar á la escena esta comedia, cuyo producto lo destino para la traslacion de los restos del inmortal autor del *Sí de las niñas* y el panteon que han de ocupar en dicho cementerio.

La casualidad de haber referido yo quince dias antes de morir á Fernando Ossorio el argumento de esta comedia y el deseo de consagrarle un recuerdo en la primera obra dramática mia que se representa despues de su muerte, hacen que publique su necrologia al pié de estas líneas. Hoy, despues de representada la comedia, siento no haber podido proporcionar con ella ocasion de demostrar su indisputable talento á los jóvenes artistas que intentaron representarla; parte del público, instantes despues de alzarse el telon, con sus murmullos, su chacota y sus chicheos lo impidió, privándose de oir la comedia y de comprender el pensamiento que encierra. Tal vez porque tiende á enaltecer la inteligencia, esa parte del público no quiso escucharla. Ahora que la comedia está impresa, deseo que todo el que la lea tenga la conciencia tan tranquila al recorrer sus páginas, como yo tuve la mia durante la representacion.

FERNANDO OSSORIO.

NECROLOGÍA.

Las siete de la mañana del día 24 de Noviembre acaban de sonar en los relojes de Madrid; mis hijas medio desnudas, revueltos los negros rizos sobre la frente, las mejillas rojas como amapolas, alegres, con la alegría de los niños, miran desde los cristales de su alcoba caer la nieve en blancos y menudos copos, y al ver cómo flotan en el aire balanceándose sobre las rejas de los balcones y azotando suavemente los empañados vidrios, rompen en risas y carcajadas, frunciendo sus labios húmedos y encendidos como entreabiertas granadas. Mi madre, cogiéndolas en sus brazos y sentándolas sobre sus rodillas, comienza á vestirlas murmurando oraciones que mis hijas repiten sin separar los ojos de la nieve que en copos espesos baja lentamente de la atmósfera, y llamándoles mariposas, saltando sobre las rodillas de mi madre, acariciándola con sus manecitas, la escuchan atentamente decir que aquellos copos de nieve son las almas de los niños muertos que vienen á la tierra á visitar á sus madres. — ¡Pobrecitos! exclaman, y fijan los rasgados ojos con triste y melancólica mirada en la deshecha nieve prorumpiendo con voz de ángeles: Nosotras, cuando nos muramos, tambien vendremos á verte, abuelita..... Un instante despues rompen en carcajadas que, resonando en mi corazon, devuelven por momentos la alegría á mi alma, que en éxtasis inexplicable pensaba solamente en Dios y en la eternidad. Y sacudiendo la cabeza sobre los hombros, lanzando al aire profundo suspiro, entré en mi gabinete. Tambien mi gabinete es un cementerio, dije sonriendo con la risa sardónica del ángel caido, y tendiendo la mirada á mi alrededor y cruzando

los brazos sobre el palpitante pecho, exclamé: — Ahí está el sillón donde se sentó el desgraciado Monroy el día que vino á despedirse de mí por última vez. — Voy á mi país á ver á mi madre, ¡me quiere tanto! á su lado me restableceré, y esta primavera marcharemos al campo, y allí, en el fondo de los valles, por donde corrí cuando niño, viendo amanecer el día trepando á la cumbre de los montes que abrigan la vega de Cartagena, ya verás cómo me curo completamente y trabajo sin descanso en mi poema; Castelar me ha prometido hacerme este verano una visita, vé tú también y cazaremos y escribiremos juntos, y al volver de la caza descansaremos en las chozas de los pastores, y beberemos buena leche y comeremos migas! Verás, cogemos un caldero, uno parte el pan, otro enciende la lumbre, otro frie el aceite, y luego, con sendos cucharones de palo, ó con las manos, nos las comemos á puñados, y mientras tú recitarás trozos de la DIVINA COMMEDIA, Emilio, de Demóstenes y Mirabeau, y yo versos de mi poema. — ¡Así decia despidiéndose de mí, y meses despues espiraba entre los brazos de su madre! ¡Morir á los veinticinco años con tanto genio, con tanta voluntad, rebosante el corazón de esperanza y de ilusiones el alma, morir sin arrojar del pensamiento millares de ideas sublimes, sin dejar mas que un cadáver á la tierra, debe ser horrible! ¡sí! ¿cómo resignarse á lanzar el último suspiro cuando apenas entramos en la vida?

¡La nieve! ¡Cuántos recuerdos levanta en mi memoria en estos instantes, en que la melancolía flota en espesa nube en lo profundo de mi alma! Era muy niño, y mil veces la vi caer deshecha en copos, cubriendo con su blanco sudario las cumbres del Jabalcól, las márgenes del Segura, las torres de la Granja, donde corrieron los primeros días de mi infancia, la techumbre de los establos y las enlazadas cuerdas de los rediles, helándose en cristalinos carámbanos en las ramas de los árboles, en la veleta del campanario de la lejana ermita, y en las aspas de los molinos que se dibujaban entre la neblina cenicienta que encapotaba la corriente del Segura. Aun resuena en mis oídos el eco de la campana que día y noche resbalaba vibrando sobre los tímpanos y avalanchas, sirviendo de guía á los perdidos caminantes. Y cor-

rieron los años, y una noche de nieve y de ventisca al escuchar el doble de la campana del convento que se alza sobre la cumbre del *Mont Cenit*, sentí resonar en el fondo de mi corazón el eco perdido de aquella campana, compañera de mi niñez, que oí resonar mil veces al caer de la tarde en la hora solemne de la oración! Al recordarla en este momento en que la nieve azota los vidrios de mis balcones, y en que oigo la voz de mis hijas que sonríen alegres contemplando los blancos y menudos copos que flotan en la atmósfera, siento el corazón oprimido por tristes y melancólicos recuerdos que en vano intentaría alejar de mi alma. También yo como ellas gozaba un día viendo esa nieve, que hoy hiela mi sangre con el frío de la muerte. ¡Dónde está el padre, que me idolatraba! ¡Dónde mis amigos! Y tiendo la vista ansiosa por mi gabinete, y me estremezco al oír resonar en mi corazón la campana que en mi niñez me hablaba de Dios, que doblando sin cesar me habla en este instante de los muertos! Y junto á los juguetes de mis hijas, descubro juguetes de mi padre, su espada, sus cruces, sus cordones de cadete y sus cabellos blancos como la nieve! Allí, el sillón donde Pedro Ramos estrechó contra su pecho á mi Adelaida en el momento de nacer: allí, el sitio donde arrojaba la ceniza de su cigarro: aquí, sus comedias y su pañuelo empapado con las últimas gotas de sangre que á los veinte años arrancó de sus pulmones el extorcer de la muerte! Allí, el retrato y el lugar donde Francisco Anglada, se despidió de mí, besando á mis hijas, prometiéndolas volver ganando en el campo de batalla los galones de comandante! Y cumplió su palabra como valiente y militar de honor! Pero no volvió más! que al mismo tiempo, que la patria laureaba su pecho con la cruz de San Fernando, el cólera arrancaba en Africa la vida de su corazón, atravesando de un golpe el de su madre y el mío! Y no lejos de la butaca donde se sentaba Monroy, coronas de laurel, cartas, cabellos, comedias, poesías, ropas y los flóretes con que Fernando Ossorio y yo tiramos por la vez postrera meses antes de morir! y pedazos de la tela de su ataúd, y el alma de todos, padre y amigos! que respira en mi alma latiendo en mi corazón!

¡Pobre Fernando Ossorio! quién nos había de decir, cuando

niños, cuando rebosantes el alma de alegría y de felicidad jugábamos en los claústros del colegio de San Diego de Sevilla, quién diría que en la juventud la muerte nos había de separar! ¡Horas tranquilas de nuestra infancia en que llenos de ilusiones atravesábamos las arboledas, los jardines y las frondas que se alzan á la orilla del Guadalquivir! ¡Y todo ha sido un sueño! Rápidos corrieron los instantes en que nuestros corazones sedientos de gloria latian confundidos esperando el porvenir brillante, de que tú mas dichoso empezaste á gozar, y que yo miro lentamente convertirse en amarga y sombría realidad! Cuántas veces sentimos exaltada la imaginacion, cuando desde los bastidores del *Anfiteatro* de Sevilla, escuchábamos á Joaquin Arjona arrancar con su talento aplausos de la multitud! Apenas contábamos entónces trece años, tú eras segundo apuntador, yo estudiante de filosofía: una noche representaba Joaquin Arjona *El tio Pablo ó la educacion*, y al pasar junto á nosotros para salir á la escena, fijando la mirada en mí te preguntó con sequedad:— ¿Qué hace este niño aquí? — Es amigo mio, respondiste con serenidad, y es escritor, añadiste con el aplomo que te caracterizó hasta el morir.— ¡Escritor! — murmuró Joaquin Arjona mirándome de los piés á la cabeza, y sonriéndose, salió á la escena á recoger nutrida salva de aplausos. Juntos tambien visitamos cien veces el árabe Alcázar, la gótica Catedral, y desde lo alto de su Giralda sentimos ensancharse nuestras almas, contemplando el vasto panorama que á nuestros piés presentaba la morisca ciudad, serpenteada por la caudalosa corriente del Guadalquivir, á cuyas márgenes se descubria la llanura desierta que como un sudario, envuelve las sagradas ruinas de Itálica. De memoria sabiamos ya entonces trozos de Rioja y de Herrera; para nosotros no había en el mundo mas pintores que Velázquez y Murillo: mas rey que D. Pedro (el cruel), mas palacio que el Alcázar, mas templo que la Catedral, mas *Miserere* que el de Eslaba, ni mas Semana Santa que la de Sevilla. Y pasaron los años y la suerte nos separó, hasta que nos volvimos á ver en el teatro de San Fernando; tú ya eras actor, y en union de Teodora Lamadrid, de Joaquin Arjona y de tus hermanos Cristina y Manuel, arrancaсте innumerables salvas de aplausos,

representando el papel del vizconde en la *Adriana*, el de Calamocha en *El sí de las niñas*, y el de Egilan en *La ley de raza*, de Hartzenbusch. Al final de cada representacion yo te estrechaba en mis brazos, loco de orgullo y de alegría, y la mañana en que abandonaste á Sevilla con direccion á Cádiz, al darnos el abrazó de despedida sobre la cubierta del vapor, nuestros ojos se cuajaron de lágrimas... instantes despues tú agitabas el pañuelo desde la popa del buque; yo agitaba el mio desde la verja que defiende la orilla del Guadalquivir.

Muerto mi padre, sin nada que me ligase á Sevilla, pues todos mis amigos se hallaban en Madrid, sin llevar en la memoria mas que tristes y amargos recuerdos de la ciudad en donde ví la luz primera, pues mas que madre fué siempre madrastra para mí, abandoné á Sevilla con el corazon ávido de consagrar su vida entera á producir algo que redundase en beneficio de mi patria, al par que sentia el alma oprimida por sombríos presentimientos. Apenas hollé con mi planta el polvo sagrado que pisaron un día Cervantes y Calderon, Quevedo y Velazquez, Moratin y *Figaro*; apenas ensanché el alma contemplando por primera vez la estatua del inmortal y desgraciado autor del *D. Quijote*, no lejos del sitio donde se alza el glorioso monumento, cerca del teatro del *Principe*, me estrechó contra su corazon Fernando Ossorio. Iba al ensayo del drama de Eulogio Florentino Sanz, titulado *Achaques de la vejez*. — ¡No nos separaremos en todo el dia! ¡vente conmigo al ensayo! hoy se pasa de papeles el drama, me dijo, cogiéndose de mi brazo, y á poco entrábamos en el foro del teatro. Delante de la concha del apuntador, alrededor de una mesa y á la luz de dos velas, se encontraban sentados Eulogio Florentino Sanz leyendo su drama y Teodora Lamadrid, Mercedes Buzon, Joaquin Arjona, Victorino Tamayo, y otros actores que escuchaban la lectura. A espaldas de Florentino Sanz, se veian sentados los unos, de pié los otros, Manuel Tamayo, Eduardo Gonzalez Pedroso, Cándido Necedal, Isidoro Valero, García, Enrique Arjona y Ortiz. Concluida la lectura, Fernando, Isidoro Valero y yo, nos fuimos á tirar al sable á la academia de esgrima de Miguel Muñoz, y despues al Buen-Retiro, donde vimos la puesta del sol de aquel dia de otoño, que nunca se borrará de mi memoria.

Noches despues , el público de Madrid premiaba con nutridas salvas de aplausos el indisputable talento del autor de *D. Francisco de Quevedo* y *Achaques de la vejez*, y el de los actores que interpretaron su drama , entre los que descolló Fernando Ossorio, con quien dividieron su triunfo Teodora Lamadrid y Joaquin Arjona. Desde aquel entónces la reputacion de Fernando, fué creciendo rápidamente al lado de su maestro, que , años antes habia adivinado su genio en union del célebre Lombardia. Julian Romea, más tarde y en el mismo teatro, compartió con él los laureles que desde los diez y ocho años el público de Madrid arrojaba á sus piés. El jóven que al pisar por vez primera las tablas representando *El Testamento*, mereció la honra de que Mariano José de Larra (*Figaro*) lo saludase al aparecer en la escena con entusiasmo; el jóven que un año despues con el papel de *Gloster* de *Los hijos de Eduardo*, ganaba plaza de primer actor, el amigo de Espronceda y de Guzman , veia elevarse junto á él otro jóven que se preparaba á recoger á su muerte la herencia de su genio. Y trascurrieron los años, y Fernando Ossorio, de triunfo en triunfo habia llegado á ser esperanza legítima del arte: un paso más, y el público que lo desea, lo aclamará gloria nacional! Hallábame en París, y recibí una carta suya en la que me anunciaba el éxito de *La Vaquera de la Finojosa*, que Luis Eguilaz, adivinando lo poderoso de sus facultades, habia escrito expresamente para él, y el nuevo é indisputable triunfo que acababa de alcanzar representando la traduccion de la *Dalila* de Feuillet: cuando volví á Madrid, aún tuve tiempo de aplaudirle en ambos dramas, y de mezclar con el del público mi delirante entusiasmo.

Llegó por fin el momento en que su reputacion se habia de acrisolar con el voto unánime de la prensa y del público de la córte; corria el mes de Febrero de 1859, y Fernando Ossorio, que aquella temporada habia arrancado hasta entonces aplausos justos y merecidos en union de José Valero su maestro y su amigo, alcanzó del público y de la prensa el triunfo mas indisputable que puede alcanzar ningun actor á los veinte y ocho años. Si no tuviera en este instante el triste presentimiento de que por algunos se achacase á vanidad el que yo pronunciara el título de la comedia, que fué como la última piedra que cerró el cimientó

de su reputacion, lo pronunciaria; pero por lo menos diré que Balbina Valverde y el autor de esa obra le deben el dia mas feliz de su vida, su nombre, su reputacion justa ó injusta; su porvenir... Sin su amparo, ¿quién sabe lo que hubiera sido de los dos! Dias despues Manuel Cañete, que le idolatraba como á un hermano, y que con sus consejos habia contribuido poderosamente á consolidar su reputacion, escribia con enérgica pluma y corazon entusiasta en las columnas de *El Parlamento*. «Ni al público ni á la crítica parecerá nueva la idea de que Ossorio es actor de mucho talento y de gran entusiasmo artístico; pero de mí sé decir, que aunque estimándole singularmente no lo consideraba capaz de rayar tan alto.» Ochoa, que le queria como á un hijo, decia en las columnas de *La América*: «En el desempeño sobresale sin duda de una manera sorprendente el jóven D. Fernando Ossorio, que es un actor de primer órden, á la altura de los mejores que he visto en España y fuera de ella...» Por último, el poeta Juan Valera, Luis Garcia Luna, Juan de la Rosa Gonzalez, Eugenio Vera, Manuel Vergara y otros escritores mezclaron sus elogios entusiastas al jóven actor que poco despues alcanzaba su último triunfo representando en el mismo teatro del *Príncipe*, la traduccion del drama francés titulado *El tio Martin ó la honradez*.

Con ánsia, con viva impaciencia esperaba Fernando Ossorio la siguiente temporada teatral, y con el mismo deseo la aguardaban autores, público y prensa, anhelantes el uno de gloria merecida, los otros de cubrirlo de laureles, y todos de rendir con ellos tributo al arte dramático español. La fatalidad arrojó á Fernando Ossorio de la escena del teatro del *Príncipe*, y lo arrojó para siempre. El teatro, merced á la casualidad, á la intriga y á la envidia, cerrando sus puertas á piedra y lodo al genio, único intérprete digno del arte, las abrió de par en par á medianías que el público, encogiéndose de hombros, vió pasar como fuegos fátuos de exhalaciones fugaces.

Una mañana, ¡nunca lo olvidaré! cuando ya habia perdido Fernando por completo la esperanza de quedarse como primer actor en el teatro del *Príncipe*, subiamos juntos la escalera de su casa y palideciendo de repente, y echándose mauo al pecho, exclamó apoyándose en el brazo de su mujer.—¡Ay! ¡qué será

esto, Emilia! Era que la muerte se agarraba como un pólipo á su corazon. Desde entonces comenzó lentamente á morir, y sin embargo, nadie ni él mismo lo sospechaba, hasta el punto que consiguiendo gracias á la proteccion de su amigo Antonio Flores, una pension del rey para ir á estudiar los teatros de Francia y Alemania, marchó al poco tiempo, llevando la esperanza en el alma y la muerte en el corazon. Y volvió por fin, y los teatros de Barcelona, Valencia y San Sebastian tuvieron la gloria de recoger de labios de aquel artista moribundo, los últimos rasgos de su inspirado pensamiento: de aquel tenaz y voluntarioso pensamiento, que, siempre fijo en Madrid, esperaba la ocasion de que el teatro del *Príncipe* le volveria á abrir sus puertas. La fatalidad habia resuelto que no se le volverian á abrir, no solamente en vida, pero ni cuando pasó su cadáver ostentando sobre el manto de la órden de Carlos III que cubria el cerrado ataud, una corona de laurel que ciñó tambien en otro dia las sienes del inmortal satírico Mariano José de Larra.

Ayer, aniversario tres veces secular del natalicio de Lope de Vega, escribiamos las anteriores líneas; hoy al volver á tomar la pluma para concluir este triste artículo, sentimos latir el corazon con amargura y el alma preñada de melancolía. Anoche todos los teatros de Madrid celebraron dignamente el aniversario del nacimiento del gran poeta, nosotros nos encontrábamos en el teatro de *Variedades*; (antiguo juego de pelota), donde un público tan inteligente como ilustrado, estalló en atronadores aplausos y en frenéticos gritos de admiracion al ver al final de la Loa avanzar como un leon á Julian Romea, recitando con voz ronca de entusiasmo y de inspiracion, las décimas del autor del *Hombre de mundo*. A cada rasgo del actor y del poeta, actrices y actores temblaban de entusiasmo y de emocion; el público se desbordaba como un torrente, rompiendo en salvas de aplausos; Ventura de la Vega, abrazándonos repetidas veces, mas tarde, en el cuarto de Julian, nos dijo. Tuve deseos de aplaudir, y no lo hice porque no se creyera el público que me aplaudia á mí mismo. En esos instantes solemnes, el nombre de Fernando Ossorio cruzó por nuestra alma y exclamamos con voz triste y entera. ¿Es posible que no haya un teatro nacional que sea

un verdadero templo del arte, digno de España? ¿Es posible que el gobierno subvencione indirectamente un teatro extranjero como el *Teatro Real* y no piense en levantar el arte dramático de la postracion en que se encuentra? ¿Es posible que córte y soberanos derramen su oro con largueza protegiendo ese espectáculo extranjero, y que solo á falta de él acudan á escuchar las creaciones de nuestros poetas antiguos y modernos? ¡Ese era el sueño de Fernando Ossorio! ¡En él se encerraban todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, toda su ambicion! Un teatro, un teatro nacional donde estemos reunidos todos, trabajando hasta morir por el arte y para el arte! Así decia quince dias antes de espirar, cuando restablecido en la apariencia, marchó á los baños de Buzot. ¡Desgraciado! A los cinco dias volvió á Madrid sin esperanza alguna de vida; y sin embargo, ni pensaba en la muerte, ni la temia: hasta el último momento peleó con ella, haciendo pedazos en la lucha su hipertrófico corazon. Asombraba y horrorizaba ver cómo oponia su voluntad de bronce para arrojar la muerte de su pecho. La mañana del dia antes en que murió, Juan de la Rosa Gonzalez, Antonio Flores y yo, lo contemplábamos sonreir con sonrisa llena de esperanza y de desesperacion: causas que en la vida separan á los hombres, habian desatado los lazos que estrechaban el corazon de Juan de la Rosa y el mio; Fernando con voz entera, rebotante de amargura y melancolia, murmuró...

*Presa en estrecho lazo
la codorniz decia...
¡Ay de mí! miserable,
infeliz avecilla,
que antes cantaba alegre
y ya lloro cautiva...*

Los ojos de Juan de la Rosa y los míos, confundieron su triste mirada, y nuestras manos se estrecharon delante del amigo moribundo... ¡Yo te juro, Fernando de mi alma, que esos lazos que volvió á unir tu muerte, solo la muerte los volverá á desatar!

Cuando Eduardo Palou, su confesor y su amigo, le administraba el Sagrado Sacramento de la Eucaristía, le preguntó: —¿Perdona usted á sus enemigos?— ¡A todos, y á todos les pido con toda el alma que me perdonen! murmuró abrazando contra el corazón á su hermano Luis Larra, que fijó en mí los ojos cuajados de lágrimas. En aquel solemne momento Matilde Bagá, la mejor de sus discípulas, deshecha en llanto, murmuraba de rodillas: ¡Virgen Santísima, que no se muera! ¡Qué va á ser de mí! Y una voz exclamaba en el fondo de mi pecho; y hoy lo repite en voz alta: «Si he ofendido en mi vida á alguno de los amigos de Fernando Ossorio, yo les pido que me perdonen en nombre del inmenso é inextinguible cariño que le profesaban!»

Un día antes de espirar, se despidió de Julian Romea y de Joaquin Arjona, á quien encargó lo despidiera de Teodora Lamadrid. —¡Maestro, papá Joaquin, le decia, es posible que yo me muera á los treinta y dos años! ¡oh! ¡es preciso hacer algo para no morir! y como una fiera encerrada en la jaula tendia los ojos vidriosos por la alcoba, sediento de vida en su horrible desesperacion. Más de tres horas estuvo Julian Romea hablando con él, y fanatizado por la ambicion de gloria que le daba fuerzas para luchar, le reveló sus pensamientos futuros sobre el teatro y el porvenir del arte dramático, sus esperanzas y sus ilusiones: todo, todo lo depositó en el corazón de Julian Romea, que sin valor para oírle, se despidió de él estrechándolo contra su convulso pecho.

La tarde iba á espirar, y su amigo y su médico Benavente, cabizbajo y lanzando ahogados sollozos, se aproximó á la cabecera de Fernando.—¿Con que no hay remedio ninguno para mí? váyanse ustedes fuera, quiero quedarme á solas con Benavente, exclamó con espantosa energía, ¡todos! ¡todos! ¡no engañarme! y ocultándome detrás de la cortina, escuché que le decia:—¿No podrias mandarme alguna cosa que me quitase pronto de sufrir?— ¡Fernando! le respondió Benavente, ni estás de tanto peligro, ni yo puedo asesinarte; además, repara que estás ofendiendo á Dios, cuya forma acabas de recibir.—¡Es verdad! murmuró Fernando, inclinando la cabeza triste y religiosamente sobre el agonizante pecho. Y apenas salió Benavente de la alcoba, se despidió de su

madre dándole un beso; sin decirle una palabra y sin derramar una lágrima! Su mujer le sostenia la frente, que balanceaba á impulsos del estertor; Mario, su discípulo, el mejor de sus amigos y el mejor de mis amigos; Larra, su hermano, que le idolatraba tanto como á sus hijos; José María García, su compañero leal; Flores, D. Francisco Argüelles, y los actores Zumel y Llorens, pasábamos maquinalmente, sin turbar aquel solemne silencio, del gabinete á la sala, de la sala á los pasillos, sin hablarnos, sin vernos, mudos de terror y de desesperacion! De pronto la voz delirante de Fernando, rompió el religioso silencio que reinaba á su alrededor.—¡Fuera de enmedio!... murmuró—¡arriba el telon!... ¡la trusa!... ¡dame la trusa!... es una de las comedias que hay mejor escritas en castellano... la he representado muchas veces con Julian Romea... ¡gran actor!... ¡que me ahogo!... ¡bravo!... ¡bravo!... El título de la comedia en que pensaba no lo pronunció, las últimas palabras que una hora despues se escaparon entrecortadas de sus labios fueron: «¡Virgen Santísima del Rosario!... ¡madre!... ¡Emilia!... ¡Benavente!...» ¡Ellas encerraban todo su pensamiento, madre y Emilia, nombre de su esposa, su cariño; Benavente, su esperanza, llamaba á la ciencia para que le diese la vida! trascurrieron seis horas sin que volviese á desplegar los labios; su estertórea respiracion cada vez se iba haciendo más lenta; Luis Larra y yo nos hallábamos sentados en el sofá de la sala, de repente le digo: Saca el reloj... cuenta las respiraciones de Fernando...—Apenas lanza quince por minuto, exclamó, y súbito se atrasa de una respiracion á otra largo espacio el moribundo... salto convulsivamente del sofá, llegó á la alcoba, caigo de rodillas, y todos doblan la rodilla alrededor del que al espirar arrojó de minuto en minuto tres respiraciones horribles, mezcla de graznidos y de sollozos, que al unirse á las palabras del *Miserere* que murmuraban nuestros corazones nos llenaron el alma de espanto y de terror!... ¡Todo habia concluido! las alondras lanzaban sus primeros trinos en los balcones cercanos, y una voz exclamaba en la lontananza de la calle: «¡Las dos han dado y sereno!» Llorando, murmurando oraciones los unos, maldiciendo los otros huíamos de la alcoba con el corazon hecho pedazos: poco despues Emilia cerraba los

ojos de Fernando, y nosotros rodeábamos el lecho donde yacia el cadáver sonriendo con la sonrisa de la esperanza, que no le abandonó hasta morir.—¿Se mueve? parece que se mueve, nos preguntábamos en voz baja.—¡Está muerto! exclamó Emilia estrechándolo contra su corazón y colmándolo de besos.

Una hora más tarde, Llorens, Larra, Flores y un joven á quien Fernando, en vida, sacó de la miseria, y á quien no pudiendo conseguir hacerlo actor, lo hizo apuntador, joven que no se separó ni un instante de la cabecera de su cama, en union de los antes referidos amortajaban el cadáver del amigo y del artista. García, Juan de la Rosa y Argüelles lo velaban, Mario y yo, en el silencio de la noche, atravesábamos las calles desiertas en busca del ataud que habia de encerrar para siempre á nuestro desgraciado Fernando. ¡Pobre Fernando! repetiamos de tiempo en tiempo.—¡Lástima de mozo! exclamó Julian Romea cuando poco despues, cumpliendo la palabra que le habíamos empeñado la noche anterior, fuimos á darle tan triste noticia. Acababa de amanecer, y al vernos entrar en su alcoba, sin preguntarnos una palabra, incorporándose en la almohada y pasándose la mano por la frente, prorrumpió:—¡Lástima de mozo! ¡morir á los treinta y dos años, cuando le esperaba un porvenir de gloria! jeso es horrible!

Al otro dia, 27 de Setiembre, acompañamos el cadáver al cementerio: poetas, autores, artistas, actores, hombres políticos y la prensa en masa seguían el carro mortuario, á cuyo paso se atropellaba la muchedumbre, llenando la carrera; el público de Madrid demostraba, fijando los ojos en el ataud de Fernando, el cariño que le profesaba y el dolor que le causaba pérdida tan irreparable para el arte dramático español.

El que cumple el triste deber de escribir esta necrología, tuvo el honor y la amarga satisfaccion de oír, al dia siguiente del entierro, de labios de Romea, que con orgullo daria en su teatro un beneficio para rendir un tributo religioso á la memoria del malogrado Fernando, y horas despues, en compañía de Emilio Mario, escuché brotar espontáneamente idénticas y sentidas palabras de boca de Salas y de Mr. Bagier. Tal vez en el momento en que vean la luz estas líneas, el pueblo de Madrid inun-

dará las naves de la iglesia de San Sebastian , encomendando á Dios el alma de mi desgraciado amigo oyendo sus funerales. Han trascurrido dos meses , y ese mismo público ha llenado los teatros donde se han celebrado beneficios para costear tan triste solemnidad. Eterno será mi agradecimiento con todos los que han contribuido y contribuyan á honrar la memoria de mi inolvidable amigo , á quienes pido que rueguen á Dios por el descanso eterno de su alma.

JAVIER DE RAMIREZ.

26 de Noviembre.—1862.



PERSONAJES.

ACTORES.

| | | |
|---|--------------------|----------|
| CLEMENTINA DE TEMNIK, duquesa de Zug.—55 años. | S ^{ras} . | HIJOSA. |
| MARGARITA.—15.. . . . | | ESPEJO. |
| GERARDO DE WOUWERMANS, Feld- mariscal, duque de Lutzen.—60.. . . | S ^{res} . | MARIO. |
| EL DOCTOR LOTER.—70.. . . . | | OLTRA. |
| FAUSTO.—25.. . . . | | MORALES. |

La escena pasa en Alemania, ducado de Weimar, año de 1814.

GENERAL

THE

OF THE

OF THE

FUEGO

ENTRE

CENIZA

Gabinete gótico en casa de la duquesa.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA Y EL DOCTOR.

La duquesa aparece leyendo sentada en un sillón junto al velador, á la luz de una lámpara.

DUQUESA.

Doctor, cómo! ¿habeis tenido valor para salir á la calle con una noche tan cruda?

DOCTOR.

¿No me esperabais, duquesa?

DUQUESA.

No por cierto.

DOCTOR.

Si pudieseis adivinar lo que me place atravesar las calles y

las plazas de Weimar cuando nieva; sobre todo cuando nieva como esta noche! Mirad, duquesa, mirad á esos cristales; ved qué copos tan blancos y tan espesos; ved cómo flotan azotando los hierros de la reja, y posándose en las desnudas ramas de los árboles de vuestro jardín; vedlos qué blancos; parecen bandada de palomas huyendo de una tormenta!

DUQUESA.

Bella comparacion.

DOCTOR.

Y sin embargo, duquesa, no son tan blancos como la nieve de vuestro cuello.

DUQUESA.

Sois muy galante, doctor, pero mi cuello tiene ya cincuenta y cinco años.

DOCTOR.

Cincuenta y cinco años! Nadie tiene mas edad que la que representa, y vos, duquesa, no teneis mas que cuarenta, que es la edad que representais.

DUQUESA.

Amigo mio, veo con placer que venis de buen humor esta noche: se conoce que la nieve os causa alegría.

DOCTOR.

No lo sabeis bien, duquesa: no podeis imaginaros cuánto es mi gozo al ver que el cielo se nubla y rompe arrojando lluvia de menudos copos sobre las veletas de las torres, sobre los rojizos tejados, sobre los árboles de las alamedas de los jardines que abren paso al palacio de nuestro gran duque Carlos Augusto; y si despues de una copiosa nevada, corrida la media noche, despunta la luna llena desgarrando las plumizas nubes, entonces, entonces, duquesa, mi placer no tiene limites: solo, precedido por mi perro danés, que me alumbrá con un farol entre los

lientes, salgo á la calle, atravieso la plaza de Palacio, me sitúo junto á la verja del parque y desde allí tiendo los ojos al sublime panorama que la luna rielando sobre la nieve de los tejados y de la plaza presenta á mi vista. A veces al pasear de una punta á otra de la verja, oigo de repente una voz que en buen aleman me grita:— ¿quién vive? y el chirrido de la llave de su fusil hace palpar mi corazon, porque mi corazon, duquesa, no tiene mas que quince años. Yo no comprendo á Weimar sino cubierto de nieve; yo no comprendo á este rincon de la Alemania sino envuelto entre los pliegues de ese blanco sudario que arroja el cielo sobre nuestras viejas montañas y nuestros valles profundos. Wolfgang Goethe, nuestro gran poeta, dice que no comprende á Weimar sino en primavera: hace un momento he mantenido con él una disputa en el gabinete del gran duque, y ni Wolfgang me ha podido convencer á mí ni yo á él: la princesa María-Paulowna solamente ha sido de mi opinion; el gran duque y las princesas Ana-Amelia y Luisa, como siempre, han defendido la opinion de Goethe; y lo que yo decia, duquesa, la primavera es digna de la vírgen, las flores nos hablan de los ángeles, pero la nieve es digna de Dios; sí, duquesa; yo no comprendo á Dios cuando las flores abren sus cálices á los rayos del sol, y el viento susurra entre la fronda de los bosques y los pájaros trinan: yo lo comprendo en una noche de tempestad, cuando ruge el huracan y braman las olas y retumba el trueno; á la luz del relámpago y del rayo; al crugir de las quillas de los buques; al chillar de las gabiotas—al contemplar un volcan en erupcion, en una noche de nieve, entonces, duquesa, entonces comprendo á Dios, porque la tempestad, los volcanes y la nieve nos hablan siempre de Dios!

DUQUESA.

Sí, sí, es verdad, doctor!

DOCTOR.

Ah! Sois de mi opinion, duquesa! gracias, mil gracias; si vierais lo que siento que Goethe no piense en esto como yo? Pero ese diablo de Wolfgang es tan egoista en sus opiniones y luego

tiene tanto genio! ataca de una manera, que hasta los sofismas los convierte en verdades al arrojarlos de su cráneo de bronce. ¡Oh! Bien hace María-Paulowna en llamarle el Júpiter de Weimar.— ¿Creereis, duquesa, que en estas noches de nieve es cuando comprendo la familia, cuando siento no tener á mi lado una mujer que me ame y verme rodeado de mis hijos? ¡de mis hijos! ¿No es verdad, duquesa, que un hombre como yo debia tener hijos?

DUQUESA.

Doctor, y por qué no os casais?

DOCTOR.

Cuando voy á cumplir setenta años! Si yo supiera que habia de tener hijos... ¿Pero que no se me haya ocurrido nunca este pensamiento cuando jóven? Verdad es, duquesa, que no he tenido ocasion de que se me ocurriera. En la juventud no pensaba mas que en estudiar; amaba á la ciencia con todo mi corazon; apenas concluí mi carrera, Jena me concedió el honor de que ocupase su cátedra de anatomía, y durante largos años la cátedra fué mi esposa, mis alumnos mis hijos... Vivía mi madre y le juré no unirme á mujer alguna mientras la muerte no separase su corazon del mio: hace tres años Dios la arrancó de mis brazos, y ya veis, duquesa, que casarme á mi edad para tener solamente una compañera, no pasaria de ser una locura, á menos que no me casase con vos que sois una mujer de talento y de corazon.

DUQUESA.

Doctor, qué decís?

DOCTOR.

Os asombráis?

DUQUESA.

Sí por Dios; nunca he podido imaginarme que me amaseis.

DOCTOR.

Con el amor que el alma siente á los veinte años, no, querida

duquesa; os amo como á la mejor de mis amigas, como á una compañera, á quien en la juventud hubiera escogido para entrar en la vida, y á la que hoy elegiría para que me acompañase á salir de la vida; pero no me hagais caso, duquesa; lo que yo deseo es tener hijos, ya que no tengo madre; mi corazon ansía un objeto á quien idolatrar; cansado de amar á la ciencia, ansía adorar á un ser humano que al verme espirar llore de cariño y de gratitud, cerrando con sus manos mis ojos para siempre! ¿Qué teneis, duquesa?

DUQUESA.

Sin querer habeis despertado en mi corazon recuerdos de mi juventud; sí, doctor; y ya que vos habeis depositado en mi pecho la amargura de vuestro corazon, yo voy á revelarós mis pesares y mis dolores.

DOCTOR.

Hablad, duquesa.

DUQUESA.

Apenas contaba quince años y me enamoré con delirio de un jóven á quien mi familia no quiso unirme, impulsada por la vanidad. Gerardo era pobre, hijo de unos mercaderes de Francfort, que no tenian mas títulos de nobleza que su honradez y su desgracia; yo, hija de una de las familias mas nobles de Alemania, como que hay quien asegura que por mis venas circula sangre imperial.

DOCTOR.

Es cierto.

DUQUESA.

Pues bien, doctor, Gerardo que me idolatraba, en un momento de orgullo estrechando mi mano contra su corazon, me dijo: puesto que se oponen á que seas mia, porque no soy noble, mañana formaré en las filas del ejército austriaco, y cuando sea mariscal... espérame hasta entonces! que yo vendré á decirle á tu padre; ya soy tan noble como vos; unid mi corazon al corazon de Clementina.

DOCTOR.

Bravo mozo! bravo mozo! Será mariscal?

DUQUESA.

No lo sé.

DOCTOR.

Quién lo duda!

DUQUESA.

Me abandonó; corrieron los años y una noche leí en la *Gaceta imperial*, que al tomar un reducto habia caido gravemente herido al frente de su batallon.

DOCTOR.

Era coronel!

DUQUESA.

Trascurrió el tiempo y no volví á saber ni una palabra de Gerardo: mis padres me obligaron á unirme con el duque de Zug...

DOCTOR.

Y os casasteis?

DUQUESA.

No se cómo; nunca he podido justificarme tal debilidad.

DOCTOR.

Ni yo tampoco; pero segun dice Goethe, las mujeres son fuertes cuando deben ser débiles y vice-versa.

DUQUESA.

Doctor! yo era una niña...

DOCTOR.

Eso dicen todas. Continúa.

DUQUESA.

Después de mi matrimonio abandoné á Francfort y vine á vivir á Weimar. Tres años vivió el duque después de nuestro matrimonio, dejándome heredera de su nombre y de su inmensa fortuna, y en cinta de mi querida Margarita, nombre que le puse porque era el mismo de la madre de Gerardo...

DOCTOR.

Le amais todavía?

DUQUESA.

Mientras palpita mi corazón!

DOCTOR.

Decís que se llamaba?...

DUQUESA.

Gerardo de Wouwermans.

DOCTOR.

Yo recuerdo haber leído ó haber oído pronunciar alguna vez ese nombre...

DUQUESA.

Doctor, ahora encontrareis justificado el que yo no me oponga á que Margarita se una con Fausto?

DOCTOR.

Oponerse! Por qué? Si ese jóven no es noble, él fundará su nobleza; tiene talento: Goethe asegura que con el tiempo será un gran naturalista, y cuando Goethe lo dice, lo será: vaya si lo será!

DUQUESA.

Pues bien, doctor, para consultaros sobre el particular, os he rogado que vinieseis á verme esta tarde; vos sois mi mejor amigo: aconsejadme lo que debo hacer...

DOCTOR.

Soy vuestro mejor amigo; vos lo habeis dicho: hablad, duquesa, hablad.

DUQUESA.

Hoy ha estado Fausto á visitarme por primera vez y á decirme que su tío, á quien no conocia, hermano de su madre, feld-mariscal y duque de Lulzen, acaba de llegar á Weimar, y que no pudiendo permanecer en Weimar mas que hasta mañana, pues parte á unirse con el ejército, vendrá esta noche á pedirme la mano de Margarita.

DOCTOR.

Pues esto ya es mas de lo que esperábamos! Yo creia que Fausto era solamente un naturalista, segun vos me habeis dicho y Goethe asegura; y ahora salimos con que es nada menos que sobrino de un duque y tal vez de un héroe!

DUQUESA.

El título, como debeis conocer, lo ha alcanzado en el campo de batalla...

DOCTOR.

Ahí es donde se deben ganar los títulos de duque; delante de la boca de un centenar de cañones; no haciendo traicion, como vos lo habeis ganado: al son de paso de ataque; no al toque de retirada como vos habeis ganado el de duquesa.

DUQUESA.

Doctor!

DOCTOR.

Perdonadme, duquesa, pero soy vuestro amigo, y á mis amigos yo no les digo mas que la verdad. Con que recibid al feld-mariscal y duque; concededle la mano de vuestra preciosa Margarita al jóven Fausto, á quien ya tengo ganas de conocer

personalmente; y cuando salga del hospital, vendré á que me conteis lo ocurrido. Son las seis; me espera la mesa de diseccion. Vamos á enseñar á la juventud que aprenda en los muertos á curar á los vivos.—Duquesa, desechad el mal humor: puede ser que haya muerto el coronel.

DUQUESA.

Vos lo creeis?

DOCTOR.

Y si fuese el tio de Fausto vuestro mariscal?

DUQUESA.

Vos sospechais?... teneis motivos?...

DOCTOR.

Ninguno. Esto no pasa de ser una idea que acaba de atravesar por mi imaginacion: ya sabeis que ni conozco á Fausto personalmente; pero todo puede ser, duquesa...

DUQUESA.

Doctor...

DOCTOR.

Hasta despues.

ESCENA II.

LA DUQUESA.—MARGARITA.

MARGARITA.

Mamá? qué tienes? estás triste?

DUQUESA.

Hija de mi alma!

MARGARITA.

Te ha dicho el doctor algo que te haya incomodado?

DUQUESA.

Incomodarme!

MARGARITA.

Es que el doctor dice algunas veces unas cosas... Ayer, sin ir mas lejos, estaba yo poniendo unas flores en ese jarron, y mirándome de arriba abajo, ¿sabeis lo que me dijo?... Pues me dijo: Qué hermosa eres!... Y á renglon seguido abriendo su caja y sorbiendo un polvo, exclamó: —Estoy considerando que mañana esas flores estarán marchitas, y que tú dentro de cuarenta años serás vieja y fea.— Eso me dijo, pues. Como si eso pudiera ser!... Pero, mamá, por qué suspiras?

DUQUESA.

No suspiro, Margarita.

MARGARITA.

Que no suspiras y has hecho aaa?... Ponerte triste, precisamente en los momentos en que debias estar mas alegre.

DUQUESA.

Alegre? Y por qué?

MARGARITA.

Pues me gusta! porque me voy á unir para siempre con Fausto; porque voy á ser feliz.

DUQUESA.

Feliz?

MARGARITA.

Sí, mamá, muy feliz, mucho! mucho! El me idolatra; yo le idolatro; y despues su madre es tan buena y tú me quiefes tanto... Pero lo que es hoy me tienes muy disgustada.

DUQUESA.

Por qué, Margarita?

MARGARITA.

Porque... Porque todavía no me has dado un beso.

DUQUESA.

Qué ruido es ese? (Margarita corriendo á la ventana.)

MARGARITA.

Ha parado una silla de posta á la puerta.

DUQUESA.

Quién será?...

MARGARITA.

Fausto y su tío. (Desde la ventana.)

DUQUESA.

Ah!

MARGARITA.

Ya suben por la escalera.—Y qué guapo es!

DUQUESA.

Quién?

MARGARITA.

El tío de Fausto: le he visto la cara á la luz del farol, al atravesar el patio: tiene unos bigotes tan largos y tan blancos...

DUQUESA.

Margarita, recíbelo tú...

MARGARITA.

Pero por qué tiembblas?

DUQUESA.

Si fuese él!

MARGARITA.

Quién?

DUQUESA.

Nadie. Dile que tenga la bondad de esperarme un momento. Necesito serenarme: me palpita de una manera el corazón...

MARGARITA.

Pero, mamá, qué tienes, estás mala?

DUQUESA.

No, no; vengo al instante.

ESCENA III.

MARGARITA.—EL FELD-MARISCAL.—FAUSTO.

FAUSTO.

Margarita!

MARGARITA.

Fausto!

FELD-MARISCAL.

Preciosa muchacha!

FAUSTO.

Mi tío. (Señalando al feld-mariscal á Margarita.)

FELD-MARISCAL.

Qué tío ni qué diablo! Yo soy tu padre. Pues qué, ¿porque no

te haya visto nunca hasta ahora, no te he querido siempre como si fueras mi hijo?—Sabed, señorita, que el día que recibí la carta en que su madre me anunciaba el nacimiento de esta buena pieza, no pudiendo estrecharlo contra mi corazón, besé un millón de veces la carta, y para celebrar tan fausto suceso, mandé soltar once prisioneros franceses que momentos después debían haber sido fusilados.—Con que por última vez te prohibo que me vuelvas á llamar tío: llámame padre.—Y vos, señorita, puesto que vais á ser su esposa, dadme también ese nombre.

MARGARITA.

Mariscal!

FELD-MARISCAL.

Nada de mariscal: padre! padre!—Qué hermosa es!—Vuestros ojos, vuestra boca y vuestras manos me recuerdan las de una mujer á quien idolatraba cuando yo tenía veinte años: una ingrata á quien no he vuelto á ver desde que entré en las filas del ejército imperial; una ingrata á quien si la encuentro algún día la mandaré fusilar por la espalda, como reo de alta traición al amor que guardaba mi alma para ella! Ingrata! Ella tiene la culpa de que yo no sea padre. Pero voto á Luzbel! A qué recordar cosas que me ponen el humor más negro que la boca de un obús!—Dadme otro abrazo y corred á decirle á vuestra madre que aquí la espera el feld-mariscal duque de Lutzen.

MARGARITA.

Vedla: ella es.

FELD-MARISCAL.

Qué decís! Esa es vuestra madre!

MARGARITA.

Sí.

ESCENA IV.

DICHOS Y LA DUQUESA.

FELD-MARISCAL.

Clementina!

DUQUESA.

Ah! Gerardo! No me engañó el corazón!

FAUSTO.

Qué teneis? (Al feld-mariscal.)

FELD-MARISCAL.

Nada, nada. He atravesado un puente teniendo cara á cara una batería de cuarenta cañones; he visto caer á centenares los soldados á mis piés; hemos llegado hasta tocar las cureñas un corneta, noventa soldados, dos oficiales y yo; despues de tomar la batería y de clavar los cañones, quedamos dueños del campo quince nada mas, y de ellos el corneta habia perdido un brazo y yo estaba herido en la cabeza y en el muslo; he luchado mil veces á brazo partido con la muerte, y nunca he sentido las emociones que siento en este momento.

DUQUESA.

Gerardo!

FELD-MARISCAL.

Margarita, hijo, dejadnos á solas un momento: nada temais.

MARGARITA.

Mamá!

FELD-MARISCAL.

Nada temais; nos conocemos hace muchos años: no es verdad, duquesa?

DUQUESA.

Sí, sí!

FELD-MARISCAL.

Somos buenos amigos : dejadnos á solas un instante : vamos á hablar de vuestra felicidad.

FAUSTO.

Padre !

FELD-MARISCAL.

Adios : ámale siempre, Margarita, hasta la muerte ! esa es en la vida la única felicidad : — no le olvides nunca !

MARGARITA.

Olvidarte ! (A Fausto al salir.)

FAUSTO.

Bendita seas !

ESCENA V.

EL FELD-MARISCAL Y LA DUQUESA.

FELD-MARISCAL.

Clementina ! cuarenta años han trascurrido desde la noche en que nos vimos por última vez : qué felices eramos entonces !

DUQUESA.

Es verdad.

FELD-MARISCAL.

Si supieras cuantas veces en el campo de batalla el recuerdo de esa felicidad ha impulsado mi corazon para encontrar la vic-

toría donde me esperaba una muerte segura! Al principio de estar en campaña, al oír el toque de los tambores y de las cornetas dando la señal de ataque, al mismo tiempo que montaba la llave de mi fusil, yo me decía: Clementina piensa en mí en este momento; mi madre ruega á Dios por mi vida; mi padre tiembla; y calando el fusil, avanzaba como una fiera en busca del enemigo, y siempre mataba y siempre vencía!

DUQUESA.

Gerardo!

FELD-MARISCAL.

Después... sin saber nunca de tí... muerto mi padre y mi madre también, sin tener quien rogase á Dios por mi alma, atacaba, no con el valor del entusiasmo, sino con el de la desesperación.

DUQUESA.

Perdóname, Gerardo, perdóname!

FELD-MARISCAL.

Que te perdone! Crees tú que yo que he buscado mil y mil veces la muerte pronunciando tu nombre puedo aborrecerte? Lo que hago es bendecir la casualidad que nos ha vuelto á unir.

DUQUESA.

Yo también, Gerardo, yo también la bendigo con toda mi alma! Dices que desde que nos separamos no volviste á tener noticias de mí: y cómo tenerlas, si mi padre se apoderaba de mis cartas, si mis criados y hasta mis amigos me vendían...

FELD-MARISCAL.

Luego mis cartas también?...

DUQUESA.

Ni una siquiera he recibido de tí. Yo preguntaba á todo el mundo, y nadie, nadie, me repetía tu nombre. A veces paraba á

los soldados en la calle y les preguntaba: conoceis á un capitán que se llama Gerardo de Wouwermans? porque el corazón me decía: ya debe ser capitán!

FELD-MARISCAL.

Clementina!

DUQUESA.

No le conocemos, me respondían con indiferencia.

FELD-MARISCAL.

No era fácil que me conocieran por mi nombre. Apenas entré en el ejército, mis camaradas de compañía se empeñaron en decir que me parecía á un compañero que había muerto poco antes de un bayonetazo en el corazón, y rompieron en llamarme con su mismo apellido: al poco tiempo nadie me conocía en el regimiento por Wouwermans sino por Lok, que era el nombre del sargento á quien aseguraban que tanto me parecía; y muchas veces hasta en los *Boletines* del ejército me apellidaban con el nombre de Lok: ahora mismo en lugar de nombrarme el duque de Lutzen, mis antiguos camaradas me llaman sencillamente el feld-mariscal Lok.—Pero ni una *Gaceta* llegó á tus manos; ni siquiera en la que se publicaba el parte de la acción?...

DUQUESA.

En que al tomar un reducto caíste gravemente herido al frente de tu batallón?

FELD-MARISCAL.

Cuando me hicieron mariscal!

DUQUESA.

Esa sí, mírala; aquí está: la guardo dentro de este medallón con los evangelios!

FELD-MARISCAL.

Clementina!

DUQUESA.

Despues no volví á saber mas de tí ; creí que habrias muerto!

FELD-MARISCAL.

Ví la muerte mas de una vez cerner sus alas sobre mi cama en el hospital.— Cuando caí herido, al sentir que la sangre que deramaba iba á quitarme la razon, saqué el pañuelo y con un pedazo de astilla de una cureña escribí con mi sangre :— Clementina, estoy gravemente herido: no me olvides!—Y dándoselo á un soldado, le dije:—marcha inmediatamente á Francfort, busca á la señorita Clementina de Temnick, y haz que llegue á sus manos ese pañuelo, cueste lo que cueste.—Aunque me cueste la vida!— me respondió besándome la mano.—Tres meses trascurrieron sin que volviese á tener noticias de él; y una noche despierto y lo veo á la cabecera de mi cama, que al sentirme alzar la frente, exclamó:—Mariscal, haced por curaros pronto y no volvais á pensar en esa mujer: ya no está en Francfort; vive en Weimar: me han dicho en Francfort que se ha casado con un duque.—Y al verme palidecer de repente, murmuró:—No os volvais á acordar del santo de su nombre ; es una ingrata.

DUQUESA.

Una ingrata!

FELD-MARISCAL.

Sí, una ingrata; y lo que es en eso tenia razon.

DUQUESA.

Gerardo!...

FELD-MARISCAL.

Lo dicho: una ingrata, una pérfida, una mujer sin corazon. Por qué te casaste?

DUQUESA.

Creí que habias muerto...

FELD-MARISCAL.

Tambien lo he creido yo de tí muchas veces , y por eso no he dejado de idolatrarte y de serte fiel. Y un feld-mariscal, Clementina, es un buen bocado para las madres, y mas de una me ha pasado sus hijas por los bigotes á ver si yo tragaba el anzuelo... y las muchachas siempre me han mirado con buenos ojos, antes porque era jóven y guapo; ahora porque soy viejo y hermoso, como tú que eres una hermosa vieja.

DUQUESA.

Gerardo...

FELD-MARISCAL.

Sí, señor, una vieja hermosa, con unos ojos que despiden chispas como la piedra de un fusil, y unas manos...

DUQUESA.

Qué haces ?

FELD-MARISCAL.

Besártelas como la última vez que nos vimos ; y puesto, Clementina, que ya soy feld-mariscal y duque ; puesto que tu hija va á unirse con mi sobrino Fausto, yo quiero casarme con su tia, que si el demonio hizo que no fuese tuyo á los treinta años, lo seré á los sesenta y en paz.—Supongo que no habrás sido feliz con el duque ?...

DUQUESA.

El me adoraba...

FELD-MARISCAL.

Y tú te dejabas querer, no es eso ?

DUQUESA.

Yo sufría horriblemente, no sabiendo fingirle cariño que no sentia... Antes y despues de su muerte esperaba las altas horas

de la noche para pensar en tí: abría la ventana de mi alcoba, y con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplaba desde ella la inmensidad del cielo y le revelaba mis amarguras y mis dolores á las trémulas estrellas, á los árboles de mi jardín, al aire que susurraba entre el ramaje de sus copas... Una noche, nunca se me olvidará! las tres acababan de sonar en el reloj de palacio; iba á despuntar el alba; el silencio de la muerte reinaba á mi alrededor: de pronto llegan hasta mí ladridos lejanos de perros, que unas veces parecían acercarse y otras alejarse de los muros de la ciudad... Un murmullo sordo acompañado de voces, de palabras sueltas y de relinchos, un murmullo, que parecia producido por las pisadas de muchedumbre marchando, sucedió al ladrido de los perros: de repente sonó una corneta, redobló un tambor y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

FELD-MARISCAL.

Y cuánto tiempo hace que escuchaste esa corneta?

DUQUESA.

Cinco años.

FELD-MARISCAL.

Cinco años! Era yo!

DUQUESA.

Eras tú? Bien me lo decia el corazon!

FELD-MARISCAL.

Era yo, que marchaba con mi cuerpo de ejército sobre Leipzik! y que al llegar á un tiro de bala de Weimar, mandé hacer alto para tomar provisiones y forraje.—No oiste una voz que antes de sonar la corneta, exclamó:—húngaros y croatas... alto... ars!...

DUQUESA.

Sí, sí.

FELD-MARISCAL.

Pues esa voz era la mia!

DUQUESA.

Yo no entendí lo que decias; pero escuché una voz lejana, que al perderse en mi oído, hizo palpar mi corazón, y mis ojos se inundaron de lágrimas; y no pudiendo abrazarte, corrí á la alcoba de Margarita y la colmé de caricias y de besos!

FELD-MARISCAL.

Yo también he sufrido mucho, Clementina. Cuando me convencí de que me habias olvidado, cuando llegué á figurarme que habias muerto, entonces una nube de eterna melancolía pesaba á todas horas sobre mi corazón: cogí un libro una vez; comprendí que leyendo, si no conseguía olvidarte, por lo menos lograba endulzar mi amargura; y desde aquel día cuantos libros llegaban á mis manos, los devoraba en silencio en el rincón de mi tienda: sí; ya no soy un soldado solamente; ya soy un hombre instruido: de memoria sé trozos enteros del *Fausto* y del *Don Quijote*.

DUQUESA.

Del *Don Quijote*! Míralo aquí.

FELD-MARISCAL.

Goethe, nuestro gran poeta, *Schiller* y *Cervantes* son mis autores favoritos; por leer á *Cervantes* en su idioma aprendí el español hace veinte años.

DUQUESA.

Fué soldado como tú!

FELD-MARISCAL.

Y peleó en Lepanto con el valor del héroe, y en vez de morir siendo duque como yo, murió en la miseria.

DUQUESA.

Es verdad.

FELD-MARISCAL.

Su patria fué tan ingrata para con él, como tú lo has sido para conmigo.

DUQUESA.

Gerardo, por Dios, no me martirices!

FELD-MARISCAL.

Tienes razon, Clementina; no hablemos mas de eso; y pues no quiso la suerte que nos uniésemos cuando jóvenes, unámonos cuando viejos; y si alguna vez volvemos los ojos al tiempo pasado, recordemos solamente nuestras alegrías, nunca los pesares que hemos sufrido por tu debilidad, sí, por tu debilidad. Dos veces te he dicho que quiero que seas mi esposa, y las dos veces has bajado la vista y no me has contestado una palabra.

DUQUESA.

Gerardo, á nuestra edad!

FELD-MARISCAL.

Y qué, hay alguna ley en Alemania que prohíba á nadie casarse á los sesenta años? Mejor: con eso no tendremos celos.—Vamos, no me respondes?

DUQUESA.

Qué quieres que te diga? Yo no me atrevo á decidirme en este momento: necesito consultarlo; sí, consultarlo: no quiero que el corazon nos acuse nunca de haber hecho un disparate.

FELD-MARISCAL.

Yo no he hecho nunca disparates:—miento; uno he hecho, y ha sido quererte con toda mi alma.—Clementina, ni sé, ni quiero saber con quién vas á consultar sobre si te has de decidir ó no á darme tu mano; pero me causa amargura ver que ni los años han conseguido fortalecer tu voluntad...

DUQUESA.

Pues bien, Gerardo...

ESCENA VI.

DICHOS.—EL DOCTOR.

DOCTOR.

Duquesa.

FELD-MARISCAL.

Quién es!

DUQUESA.

Doctor.

DOCTOR.

Ya veis como os cumplo mi palabra.

DUQUESA.

Gerardo, el doctor Loter, mi mejor amigo.—El feld-mariscal, duque de Lulzen.—Con tu permiso: tengo que consultar con el doctor...

FELD-MARISCAL.

Pero...

DUQUESA.

Es mi mejor amigo.—Fausto, que viene hácia aquí, te hará compañía mientras yo vuelvo.

FELD-MARISCAL.

Bien.

DOCTOR.

Era él? (A la duquesa al salir.)

DUQUESA.

Sí! Venid.

ESCENA VII.

EL FELD-MARISCAL.—FAUSTO.

FAUSTO.

Venia á deciros, querido tio...

FELD-MARISCAL.

Voto á una legion de cosacos! Te he dicho que me llames padre.

FAUSTO.

Pues bien, querido padre, venia á deciros, que Margarita me encarga os pida un favor en su nombre.

FELD-MARISCAL.

Un favor?

FAUSTO.

Quiere, puesto que pronto nos vamos á unir, que vivais con nosotros.

FELD-MARISCAL.

Eso desea?

FAUSTO.

Dice que le habeis gustado tanto! que teneis cara de leon, pero que vuestro corazon debe ser el de un niño.

FELD-MARISCAL.

Eso dice?

FAUSTO.

Sí.

FELD-MARISCAL.

Cómo me ha conocido!—Picaruela!

FAUSTO.

Sobre todo, lo que mas la encanta, es vuestro aire marcial y vuestros bigotes blancos como la nieve.

FELD-MARISCAL.

Huelen á pólvora!—Y por qué no ha venido ella á pedirme ese favor?

FAUSTO.

Porque es muy tímida : no os ha visto mas que una vez, y...

FELD-MARISCAL.

Concedido. Díle que dentro de un mes volveré á Weimar y nunca me separaré de vuestro lado.—Sabes tú jugar al ajedrez?

FAUSTO.

Yo no; Margarita es quien sabe.

FELD-MARISCAL.

Pues ya aprenderás viéndome jugar.—Qué noches de invierno vamos á pasar aquí!...—Oye : conoces tú á ese doctor que acaba de presentarme la duquesa?

FAUSTO.

Sí; lo conozco de haberlo visto algunas veces en la Biblioteca y en el Instituto.

FELD-MARISCAL.

Y qué casta de pájaro es ese doctor? á qué viene aquí? qué relaciones lo unen con la duquesa?... la ama quizás?...

FAUSTO.

No sé.

FELD-MARISCAL.

Pues estás enterado: basta.—Tú no aprenderás nunca á jugar al ajedrez.

ESCENA VIII.

DICHOS.—LA DUQUESA.—MARGARITA.

FELD-MARISCAL.

Margarita, el favor está concedido: pide otra cosa.—Supongo que me permitirás que le hable de tú á mi hija?

MARGARITA.

Padre!

FELD-MARISCAL.

Lo ves? Me ha llamado padre! Qué te parece?—Pero qué tienes que estás tan pensativa? Se acabó la consulta, ó no se acabó? Y ese señor doctor qué hace por ahí dentro?...

MARGARITA.

Corregirme un dibujo.

FELD-MARISCAL.

Hola, también dibuja!—Mil veces he deseado saber dibujar para trasladar un retrato que guardo grabado aquí; el de tu madre cuando tenía quince años; cuando era mi novia!

FAUSTO Y MARGARITA.

Vuestra novia?

DUQUESA.

Sí.

FELD-MARISCAL.

Creyó que no llegaría nunca á mariscal y...

DUQUESA.

Gerardo...

FELD-MARISCAL.

Ya os contaré, ya os contaré cuando estemos solos: vereis que novela!— Y vamos, qué es lo que has decidido?

DUQUESA.

Que puesto que la fortuna no quiso unirnos cuando éramos jóvenes, unirnos en la vejez sería una locura...

FELD-MARISCAL.

La fortuna! la fortuna! Dí tu debilidad, tu falta de corazón.— Pero eso que me acabas de decir no pasará de ser una broma?

DUQUESA.

No, Gerardo, es la verdad; lo que siento. A qué nos hemos de unir cuando dentro de poco nuestros corazones cesarán de latir?... cuando...

FELD-MARISCAL.

Es esa la opinion del doctor?

DUQUESA.

Sí.

FELD-MARISCAL.

Y quién le mete á él á dar su opinion en cosas que no sean tomar el pulso, recetar píldoras ó poner cáusticos?

DUQUESA.

No es solamente mi médico; es mi amigo, mi mejor amigo.

FELD-MARISCAL.

Lo dices de una manera...

FAUSTO.

Padre!

FELD-MARISCAL.

Con que segun eso estás resuelta á que nos volvamos á separar para siempre?

DUQUESA.

Sí.

MARGARITA.

Pero por qué?...

DUQUESA.

Calla, Margarita.

FELD-MARISCAL.

Pues bien, supuesto que nuestro matrimonio, segun la opinion del doctor y la tuya, no pasa de ser un disparate, el matrimonio de Margarita con Fausto, segun mi opinion, no pasa de ser otra locura.

DUQUESA.

Qué dices?

FELD-MARISCAL.

Lo que oyes.

DUQUESA.

Pero qué es lo que intentas?

FELD-MARISCAL.

Nada: que yo me llevo á mi sobrino...

MARGARITA.

Mamá!

FELD-MARISCAL.

Y tú te quedas con tu hija y con tu doctor.

DUQUESA.

Cómo?

FELD-MARISCAL.

Sí, con tu doctor, para que la cure si se muere al ver que la separan de Fausto para siempre.

MARGARITA.

Para siempre!

FAUSTO.

Margarita!

FELD-MARISCAL.

Que no se morirá, no: es hija tuya, y de tal madre...

DUQUESA.

Gerardo!

FELD-MARISCAL.

Vamos.

DUQUESA.

Ven, Margarita,

FELD-MARISCAL.

Gracias á Dios que una vez tienes energía!

DUQUESA.

Vamos!

MARGARITA,

Fausto de mi alma!

FAUSTO.

Margarita!

FELD-MARISCAL.

Vamos!—Ingrata!—Vamos, hijo, que no quiero que me vea llorar!

ESCENA IX.

FAUSTO.—MARGARITA.

FAUSTO.

Y tu madre?

MARGARITA.

Llorando como yo!

FAUSTO.

Como mi tío: si lo vieras sollozar! Quién había de creer que á esa edad eran tan terribles las pasiones!

MARGARITA.

Nosotros nunca hemos reñido así.

FAUSTO.

No me olvides!

MARGARITA.

Nunca, nunca! Qué va á ser de mí!

ESCENA X.

DICHOS.—EL DOCTOR.

DOCTOR.

Margarita vé á consolar á tu madre ; pero antes serénate : eso es ; no temais nada.

MARGARITA.

Que no tema ?

DOCTOR.

Confía en mí.—Y vos, Fausto, confiad tambien. Goethe dice que teneis talento. Yo me honro con la amistad de los jóvenes de talento. Quereis ser mi amigo ?

FAUSTO.

Con todo el corazon.

ESCENA XI.

DICHOS.—EL FELD-MARISCAL.

FELD-MARISCAL.

Fausto ; vienes ó no ! (Desde ia puerta.)

DOCTOR.

Caballero, si me lo permitís...

FELD-MARISCAL.

Quereis hablarme ?

DOCTOR.

Sí.

FELD-MARISCAL.

Sea.

DOCTOR.

Margarita, retírate.

FELD-MARISCAL.

Fausto, espérame en la escalera.

FAUSTO.

Margarita !

FELD-MARISCAL.

Vamos! á millares encontrarás en el mundo mujeres mas hermosas que esa.

MARGARITA.

Mas hermosas !

DOCTOR.

Pobre niña !

ESCENA XII.

EL DOCTOR.—EL FELD-MARISCAL.

FELD-MARISCAL.

Qué quereis?

DOCTOR.

Escuchadme; pero antes hacedme el favor de tranquilizaros para que podais oir con calma lo que os voy á decir.

FELD—MARISCAL.

Hablad.

DOCTOR.

Hace cuarenta años que erais amante de la duquesa: la fatalidad desató un día los lazos que unieran vuestras almas; no es verdad?

FELD—MARISCAL.

Y con qué derecho intentais sondear los secretos que guardo en el fondo de mi corazon?

DOCTOR.

Caballero, ese tono...

FELD—MARISCAL.

Es el que uso con los desconocidos que quieren entrometerse en mis acciones. Quién os da derecho para tratar de averiguarlas?

DOCTOR.

Quién?

FELD—MARISCAL.

Sí, respondedme; y cuando yo sepa las razones que teneis para pasar revista de policia á mi corazon, entonces os responderé; mientras...

DOCTOR.

Esperad. Los derechos que tengo para dirigiros mi palabra, no son otros que la amistad que profeso á la duquesa, y los que da la experiencia á un hombre que, como yo, conoce el corazon humano y sabe hasta dónde pueden arrastrarlo las pasiones cuando se empeña en obedecer ciegamente á sus impulsos.

FELD—MARISCAL.

Pues si no teneis mas derechos que esos...

(Volviéndole la espalda y dirigiéndose hácia la puerta.)

DOCTOR.

Os he rogado que me escuchéis y me escuchareis!

FELD-MARISCAL.

Sabeis con quién habláis?

DOCTOR.

Y vos qué sois para volverme la espalda?

FELD-MARISCAL.

Yo! feld-mariscal del ejército austriaco!—Y vos?

DOCTOR.

Yo! mariscal de la ciencia!

FELD-MARISCAL.

Título que seguramente no habreis ganado como yo en el campo de batalla.

DOCTOR.

No! Lo he ganado en los hospitales, á la cabecera de los enfermos. Vos habreis ganado el vuestro con las armas en la mano: yo tambien! solo que vos blasdís vuestras armas para matar, y yo, cuando uso las mias, es siempre para cauterizar una herida ó amputar un miembro gangrenado. Ved qué diferencia! Vos empuñais vuestras armas para destruir la humanidad; yo me valgo de las mias para salvarla!

FELD-MARISCAL.

Yo he cubierto cien veces de laureles la bandera de la patria!

DOCTOR.

Y yo el altar de la ciencia!

FELD-MARISCAL.

Yo soy el feld-mariscal de Lutzen, nombrado duque sobre el campo de batalla en Leipzig!

DOCTOR.

Y yo soy el doctor Loter, médico de cámara de S. A. Carlos-Augusto, gran duque de Weimar, catedrático un tiempo de anatomía en Jena de Guillermo y Alejandro Humboldt, de Schiller y de Goethe!

FELD-MARISCAL.

Vos!

DOCTOR.

Sí, de Schiller y de Goethe!

FELD-MARISCAL.

De Goethe! de nuestro gran poeta!

DOCTOR.

Admiracion de la Alemania!

FELD-MARISCAL.

Y del mundo entero!

DOCTOR.

Pues bien, ese hombre de genio, de quien tengo la gloria y el orgullo de haber sido maestro de anatomía en Jena, es hoy el mejor de mis amigos.

FELD-MARISCAL.

Vuestro mejor amigo, decís! Perdonadme, doctor, perdonadme! Vos sois un grande hombre, un hombre de ciencia! yo no soy mas que un soldado que adora á su patria con todo su corazon; que ha derramado su sangre por ella, y que la siente inflamarse en el pecho al tender la mano para estrechar la de los grandes hombres, gloria y orgullo de la Alemania!

DOCTOR.

Mariscal!

FELD-MARISCAL.

No conozco á Goethe, y quisiera estrechar su mano. Creeis que soy digno de estrecharla?

DOCTOR.

Sí!

FELD-MARISCAL.

Gracias, doctor, gracias, y perdonadme si dejándome arrebatar por mi carácter...

DOCTOR.

Mariscal, vos estais acostumbrado á mandar soldados; yo á consolar enfermos...

FELD-MARISCAL.

Es verdad.

DOCTOR.

Y ahora quereis escucharme?

FELD-MARISCAL.

Hablad, doctor, hablad.

DOCTOR.

Duquesa, duquesa?

ESCENA XIII.

DICHOS.—LA DUQUESA.

FELD-MARISCAL.

Ah!

DOCTOR.

Mariscal, hace cuarenta años que la duquesa y vos os amabais con delirio, no es verdad?

FELD-MARISCAL.

Sí.

DOCTOR.

Responded, duquesa, responded: no es verdad?

DUQUESA.

Es verdad.

DOCTOR.

La desgracia más tarde separó esos corazones que había unido el amor en la juventud...

FELD-MARISCAL.

La desgracia! decid mejor la debilidad de Clementina.

DUQUESA.

Gerardo!

FELD-MARISCAL.

Sí, tu debilidad, tu falta de corazón...

DOCTOR.

Mariscal, me habeis prometido escucharme...

FELD-MARISCAL.

Seguid.

DOCTOR.

Hoy vuestras almas, cuya vida toca á su término, desean unirse á las puertas de la muerte.

FELD-MARISCAL.

De la muerte!

DOCTOR.

Sí; las ilusiones, la esperanza, la misma ardiente pasión que

hacia palpar vuestros corazones en la juventud; esas flores que en aquel tiempo embalsamaban vuestros espíritus, ya no son mas que un puñado de hojas secas y de abrojos que guardais en los rincones de vuestros pechos. Creéis que todavía teneis ilusiones, esperanza y amor, y vuestros corazones no laten por ellas, ni viven de ellas; viven de los recuerdos de ese amor; recuerdos de dias mas felices, que si os uniérais ahora, siempre que asaltasen vuestra memoria, llenarian vuestras almas de tristeza y de amargura. Ya no os podeis unir para gozar, sino para sufrir; y en vez de palabras de ternura, solo exhalarian vuestros labios reconven- ciones, quejas, dardos envenenados, en fin, que convertirian el amor que os profesabais en la juventud, en odio terrible.

DUQUESA.

En odio!

DOCTOR.

Sí, duquesa: lo que en la juventud amaban vuestros corazones era la vida; lo que odiarian uniéndose hoy, seria la muerte al sentirla convertir en cenizas las últimas ilusiones y los postreros y ya insípidos frutos de vuestro cariño.

FELD-MARISCAL.

Clementina!

DUQUESA.

Gerardo, me perdonas?

DOCTOR.

Y por qué no? Dios perdonó á sus enemigos. Cómo no ha de perdonar el mariscal á la mujer que lo ha idolatrado?

FELD-MARISCAL.

Doctor, cuánto daño me han hecho vuestras palabras! Más quie- siera que me hubiesen pegado un bayonetazo en el corazon.

DOCTOR.

Algún dia me agradeceréis el bálsamo que han derramado en vuestra alma.

FELD-MARISCAL.

El bálsamo!

DOCTOR.

Sí, mariscal, el bálsamo al pronto escuece; despues cierra las heridas.—Duquesa, y vos, mariscal, en nombre de ese amor tan desgraciado. dad vuestra bendicion á Margarita y á Fausto, para que Dios uniéndolos al entrar en la vida, los haga felices hasta la muerte.

FELD-MARISCAL.

Sí, sí; que sean felices; no es verdad, Clementina?

DUQUESA.

Sí, Gerardo. Dios quiera que lo sean!—Margarita, Margarita?

FELD-MARISCAL.

Ya que, segun dice el doctor, nosotros no podemos ser dichosos, que lo sean ellos.—Fausto? Fausto?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—FAUSTO.—MARGARITA.

MARGARITA.

Madre de mi alma!

FELD-MARISCAL.

Fausto!— Ah, estás aquí?

FAUSTO.

Todo lo he escuchado.

FELD-MARISCAL.

Todo! Dónde estabas?

FAUSTO.

Detrás de la puerta.

FELD-MARISCAL.

Doctor, qué os parece? detrás de la puerta.—Tunante!—Vamos, Clementina, y vosotros, hijos míos, dadme el abrazo de despedida.

DUQUESA.

Qué dices?

FELD-MARISCAL.

Sí, al amanecer parto á unirme con el ejército.

DUQUESA.

Para siempre!

FAUSTO Y MARGARITA.

Para siempre!

FELD-MARISCAL.

No, no, volveré; sí; en cuanto sepa que teneis un hijo, entonces volveré y no nos separaremos nunca!—Verás, Margarita, verás; yo lo tomaré en mis brazos y le haré saltar sobre mis rodillas y le enseñaré el ejercicio.—Al hombro!... ars!...—y le contaré todas mis batallas y me lo comeré á besos!

FAUSTO Y MARGARITA.

Padre!

FELD-MARISCAL.

Ah! Margarita, enseñale á Fausto á jugar al ajedrez.—Doctor, lo prometido es deuda: llevadme á casa de Goethe!

DOCTOR.

Vamos, vamos!

FELD-MARISCAL.

Quiero que el gran poeta estreche la mano de un soldado.

DOCTOR.

De un hombre de corazon!

FELD-MARISCAL.

Hijos míos!—Doctor, vámonos pronto, por Dios!

MARGARITA.

Pero, mamá, qué haces?

DUQUESA.

No lo ves? Llorando.

FELD-MARISCAL.

Adios, Clementina!

DUQUESA.

Gerardo de mi alma!

FIN.

THE HISTORY OF THE

1787

OF THE
CITY OF
NEW-YORK
FROM
THE
FIRST
SETTLEMENT
TO
THE
PRESENT
TIME

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La Culebra en el pecho.

El camino de la Gloria.

La caja de Pandora.

Exposicion de Bellas artes.—1862.

La Tierra de promision, comedia eterna.

